

LA REPRESENTACIÓN COMO ANSIEDAD DE PODER

Antonio Delhumeau

El problema del poder ha sido abordado sólo desde la denuncia radical, de raíz, que cuestiona todo ejercicio del mismo, o bien desde un enfoque que estudia sus meandros y laberintos, que lo da por supuesto, en tanto petición de principio. Desde la primera perspectiva, todo poder es ilegítimo; visto desde la segunda, se abre la cuestión ética de cómo alcanzar y ejercer un poder que se constituya en un servicio público, en un darse a la sociedad civil. Lo que pretendo mostrar es la dificultad enorme de transformar el poder en una posición de servicio, habida cuenta precisamente de su raíz, esto es, de su genealogía. En otros términos, ¿cuál es el origen del poder?

Al tratar de un asunto que involucra una decisión del ser humano sobre sí mismo, desde que se le recuerda como tal, es importante acudir a las fuentes; a la historia de la especie o filogénesis y a la biografía de sus individuos u ontogénesis. ¿Cuándo apercibieron (construyeron una posición de conciencia-percepción) los seres humanos, por primera vez, una delegación de su poder en la organización y el gobierno de su vida pública? En el momento mismo en que reconocieron que no era un jefe o líder, más fuerte y capaz de organizarlos para la supervivencia, quien debía dirigir al grupo (a la manera de la manada de antropoides, de homínidos y de la tribu), sino que era una clase, casta o grupo como tal, el que poseía

las claves de la supervivencia y de la intercomunicación con el entorno más amplio.

Este proceso, por obvio y manido, nos ha llevado a no detenernos en él, a darlo por supuesto. Se trata, por el contrario, de un momento de encrucijada, en que se tomaron opciones que han marcado a la especie durante milenios. Y, como veremos, es la supervivencia misma de nuestra especie la que está en cuestión, de mantenerse la inercia de esa opción tomada para sobrevivir, bajo las condiciones de aquella remota época, bajo una fórmula hoy inútil e impracticable: el poder como representación.

Es un hecho que alguien puede ser líder de un grupo para garantizar que éste avance en la dirección acordada, dentro del ámbito específico (un líder de estudios y otro de deportes, en un mismo grupo de adolescentes, por ejemplo) y otra cuestión muy diferente es suponer que todo un grupo de personas, diferentes a la mayoría, constituyen una clase o casta que posee las claves para gobernar la vida en común, en todos los ámbitos de la vida pública. Será el origen de esta creencia en la capacidad de otros para actuar en nuestro nombre, esto es para representarnos, lo que habremos de elucidar en la historia y la biografía que la reproduce.

La delegación, alienación o enajenación del poder propio en una clase poderosa, constituyó en el origen —y sostiene todavía, un día con otro— a auténticas sectas, con dos rasgos básicos que emergieron juntos, íntimamente relacionados entre sí: se depositó en un grupo seleccionado para ello, la capacidad de ejecución de los ritos propiciatorios que pueden garantizar la supervivencia de la comunidad y también se les asumió como detentadores de las claves, los códigos, de ese conocimiento especial que se requiere para mantener unido al conjunto. Estas “dos” condiciones, en que se finca la delegación del poder, son, por supuesto, una sola: la constitución, la construcción misma de la *re-presentación*.

Sólo cuando los seres humanos decidieron que ya no podían presentarse a sí mismos, en su condición de vehículos de los dioses-fuerzas-de la naturaleza y del cosmos y en la autorregulación de sus vínculos sociales, es que produjeron la *representación*: la doble devoción unitaria por una serie de expresiones sagradas y complejas, a las que conocemos como símbolos y por una clase de personas que gobiernan esa entidad de impu-

tación colectiva de nuestros poderes personales, a la que conocemos como Estado. Y el origen de los jefes-sacerdotes y de los conocimientos sagrados y rituales que poseen, o símbolos, es uno y el mismo: la sensación de impotencia de los seres humanos para presentarse a sí mismos entre sí y con Dios (de ahí que Etienne de la Boétie hablase de una “servidumbre voluntaria”). La clase dominante en una sociedad se sostiene por el simple hecho de que se reconoce la existencia de símbolos o expresiones especiales que requieren de intérpretes para dar con sus claves y de jefes colectivos para encarnarlas. La constitución de representantes se mantiene a través de la convicción de que son intérpretes de una voluntad colectiva, esto es, de vicarios de un conjunto de personas sin capacidad de presentación propia, en tanto que han extraviado las claves de su inmersión en el todo. ¿Y, cómo se reproduce, a través de la ontogénesis —o biografía—, este proceso de imputación de nuestra capacidad decisoria, de hacer, en un grupo dado que reconocemos, construimos y reconstruimos como “de poder”, es decir, en nuestra representación (representantes de nosotros y ante o frente a nosotros mismos: actores públicos en escenarios distantes, creados en su origen por y para sus públicos)?

De manera esencial esta condición de poder enajenado se reproduce de la manera más tierna: en el regazo materno. Es en el vínculo hijo-madre que emerge y se sostiene la ansiedad de poder. Y es a partir de la figura paterna, presente o ausente, próxima o lejana, que se dota de contenido significativo y específico a esa matriz.

En una sociedad que la ha valorado más como madre que como ser humano genérico o que, ahora, le sobre-exige una creciente competencia, a la par con el varón, a la vez que la coordinación, sino es que la responsabilidad total del hogar y de los hijos, la mujer-madre recibe al hijo desde una mirada de control, con un abrazo de posesión y un sentimiento de reivindicación.*

El hecho de ser lanzado a la vida social como reivindicante de la madre, hace que el hijo construya, en el origen de su mismidad, la noción de

*La reivindicación es la acción de pedir que le devuelvan a uno algo de su propiedad; reclamación de la cosa, interés o bien ante un tribunal social. Etimológicamente se liga con venganza.

representación. Es aplaudido por la madre (y por otros), de acuerdo con su adecuación a cierto programa previsto. Y, sobre todo, ha de ser el heredero de los proyectos frustrados e incumplidos de la madre: actúa en su nombre y representación. Y si bien la *re-presentación* emerge del imaginario materno proyectado en el hijo, su direccionalidad será impresa por la figura paterna, tal y como señalamos al postular “el complejo de Hamlet”. **

El origen o genealogía de la representación como tal es, de hecho, arcaico, primario, primitivo, tanto en la historia como en la biografía. En términos de la especie, la representación emergió para llenar el vacío del encuentro absoluto y sin temor con la naturaleza de la que se formaba parte. A nivel ontogenético, el hijo desde la gestación aparece como un receptáculo o presencia que “llena”, en lo imaginario, el vacío de la madre. Nace ya, así, como su vicario y representante, sobrecargado de ilusiones, de metas y proyecciones imaginarios, de símbolos; no sólo es el esperado, sino también un mesías, el vicario de la propia redención. Esto hace que el interjuego de control y la ansiedad de poder y de apropiación se den, desde el jaloneo in-útero, como el estira y afloje de los impulsos de retención-expulsión, hasta el nacimiento y la crianza a través del ir y venir entre la sobreprotección y el abandono, compensatorios entre sí.

Todo lo que se ha estudiado sobre las adicciones, como impulsos sin fin, dirigidos a llenar un vacío inagotable (que se encuentra en otro lado, en un espacio afectivo diferente), aparece como ligazón cuerpo-mente-espíritu, en el núcleo de un vacío de la confianza y la plenitud amorosas que buscan ser sustituidas a través del poder del vástago. Cada quien nace así como una incompletud, en tanto símbolo o representante, como la otra parte o mitad de una presencia unitaria que se vive ya inasible.

La autoafirmación de la independencia, de la singularidad del hijo, se ve truncada, una y otra vez, por el hecho de ser representante y responsable ante la madre, lo cual implica, si nos atenemos a las raíces de estas nociones, el que el hijo es o ha de ser a la imagen que la madre se ha he-

** Cfr. “El complejo de Hamlet”, en *El hombre teatral*, México, Plaza & Janés Editores, 1986.

cho de él, como delegado o agente de ella, quien presenta su esencia inalcanzada y, a la vez, el re-querido moralmente a responder por ella y a realizar proyectos frustrados que no son de él, a partir de deudas y obligaciones contraídas, que definen y condicionan el alcance posible de “su” poder. Este es el sentido profundo por el que es posible afirmar que la ansiedad de poder es la otra cara de la impotencia vital, en tanto que emerge del vacío de autoafirmación de la matriarca. En cambio, la orientación de esta ansiedad en una dirección intrusiva y de rivalidad, o competencia, será marcada, también en sus metas sintéticas y básicas, por el padre o figura sustituta.

La madre es quien posee las claves inalcanzables (inefables e innombrables) del origen del hijo, su principio más firme como modalidad energética, el secreto de su misión a realizar en la vida; es el referente simbólico de una entraña que otorgó un sentido de mismidad o que privó, quizás para siempre, de él. Esta deprivación podrá observarse en la tendencia de un individuo a confundir su ser mismo con una “identidad”, es decir, una fijeza en la imago o fotografía básica y esencial de uno mismo. En la medida en que una mayor proporción de elementos básicos queden depositados en la imagen internalizada que se construye de la madre, es que su fantasma habrá de impulsar al hijo a la búsqueda de un poder que reivindique carencias, impotencias y frustraciones heredadas. Y este es el troquelado previo al complejo de Hamlet por el cual el hijo buscará también, y si le es posible, vengar al padre (dentro de la dinámica específica que vincula al Edipo con el poder).

En consecuencia, si el hijo es un representante controlado, la madre es el principio mismo del control y la representación, es la fuente del poder, al menos en términos energéticos. De ahí en adelante, desde cualquier sensación de vacío, el individuo humano tenderá a llenarla o suplirla con un afán de dominio o control sobre sí mismo, sobre su situación y sobre los que la constituyen como tal. Por ello entrará, una y otra vez, en las lides por el poder y el control. Sólo que el sentido que les dé a ellas, no hay que olvidarlo, será en función del testimonio interno del fantasma del padre.

Mientras mayor sea la sensación de impotencia y de falta de fuerza y de sentido vitales, singulares o autónomos, más recurrirá cada quien a la

representación de rituales y símbolos de poder y de control y será objeto-sujeto de las redes del poder como representante-representado, es decir, en tanto símbolo o red de asociaciones simbólicas. En una palabra, la medida de la impotencia será la misma de la voracidad de poder y del carácter de sí mismo como un ser fantasmal e imaginario, en tanto que se ha sustituido la capacidad de presencia por la mera *re-presentación*.

¿Tiene salida este atrapamiento? Sí, pero deconstruyendo la red misma del poder, desde la reapropiación de una mirada original que ya no lo vea a uno mismo como objeto de control y reivindicación, sino de amor. Y si recordamos que fue en el extravío de esta noción original de encuentro y recuperación constantes del amor absoluto dentro de uno mismo, como vínculo con la naturaleza y el cosmos (encarnados en el cuerpo-espíritu), tendremos una pista para replantearnos la cuestión original relativa a la posibilidad de vincular el poder y el servicio.

Se ha mostrado, una y otra vez, por la experiencia humana acumulada, que sólo el temor radical a la muerte puede conducir a la derrota verdadera del ego, entendido como ese yo ficticio que actúa en el nombre y la representación del yo real (cuando éste lo requiere, en tanto carenciado o vacuo), como llenado artificioso de un vacío real de potencia vital, de presencia, de poder-hacer. Y esa derrota es imprescindible para asumirse como un mero canal de un poder superior, trátase del universo, del cosmos, de la naturaleza, de la sociedad, o de Dios. Y esta capacidad de ser un canal de una fuerza total que involucra, energetiza y dirige las acciones, es el sustrato último de toda actitud real de servicio.

Un servidor público es aquel que asume como jefe colectivo a su sociedad, a sus grupos de referencia y de pertenencia. Se trata, en efecto, de un organigrama invertido, en el que el pueblo sí es el soberano. ¿Afán entonces de democracia? No, de supervivencia, que la democracia se dará sólo por añadidura.

En una época como la actual, de fin de siglo y de milenio, en que ya sabemos que el afán de control sobre la naturaleza nos lleva a un ecocidio a corto plazo, en términos de tiempo histórico, la derrota de la especie, en tanto conciencia de un peligro real de extinción, es ya inminente. Y si esa derrota se asume como la propia del ego, de la ansiedad de poder, del

vacío de significado, de la mera *re-presentación*, entonces será posible establecer un puente de comprensión entre el servidor público y cada individuo social, y la política volverá a ser el ejercicio del poder-hacer lo necesario para la supervivencia. Este es el enorme grado de dificultad al que nos referimos en un principio. El nombre de la dificultad no puede evadirse, es la misma que tenemos hoy para amar. El amor, desde el vínculo original madre-hijo, es la única posibilidad de presentación que tiene el hombre nuevo, el hombre sintético —y no teatral o simulado, representado— como lo intuyó Federico Nietzsche.

Y es que el amor es entrega al otro en su diferencia singular, es plenitud que se desborda y se comparte, es respeto esencial a la presencia de otro, de tal manera que no requiere el ser vehículo de otra cosa: símbolo, representante o encarnación de un poder extraviado.

Fue la ausencia de confianza en el amor absoluto encontrado desde uno mismo, la que condujo a construir esa primera secta detentadora del monopolio de la capacidad del decidir sobre el hacer. Visto desde el amor, el poderoso entendido como ansioso del poder, que sólo alcanza su representación, el símbolo sustituto de su presencia siempre pospuesta (hacia atrás), en un sólo movimiento de futurización nostálgica, es un fantasmaausente-lleno de impotencia y desamor que, entonces, no puede ser sino objeto de la más tierna compasión, en tanto que es el centro de imputación de las impotencias de los demás, en busca de lo que él, en rigor, no posee. Y es que nunca ha poseído las claves de la confianza esencial que no residen ni en el símbolo ni en su interpretación, sino en el hecho práctico de ser amado, digno de amor y portador de amor: el esperado como alguien diferente, con su propia misión y un sentido irreductible de autoafirmación.

Por ello-ahí, en tanto que el vacío es su secreto inconfesado, es que la ansiedad de poder es un impulso o una pulsión que no conoce la gratificación plena o el orgasmo. Por ello ahí es que el poder, en tanto afán de control, es una ansiedad sustituta, vicaria, de segundo piso, artificial y desplazada, respecto de un llamado original que no obtuvo respuesta. Por ello-ahí es que la ansiedad de poder es mera *re-presentación*, es decir, principio de actuación, requerimiento de un símbolo y no de una presencia

sagrada. Por ello-ahí es que la *presentación* es una doble acción unitaria e integradora de la propia *presencia*, siempre en tiempo *presente*, con un amor reapropiado, sin huida hacia un futuro que es ideal sólo desde una infancia o un origen a los que no se ha devuelto su plenitud, y sin personas y expresiones de una categoría diversa y magnificada, o símbolos, en tanto que ya todas lo son y se perciben así, desde el amor y su disposición peculiar y espontánea: el servicio, siempre personal e íntimo, así sea en un espacio social y colectivo.

Por ello-ahí la reapropiación del presente, a través del yo mismo, sólo se me da en un acto de aceptación. ¿De conformismo? Este implica la inmovilidad o el movimiento agitado, en y desde el vacío. A lo que remite la aceptación es a un compromiso profundo e intenso con cada instante vivido. Es a lo único a lo que podemos denominar realidad. La *re-presentación* emerge de la no aceptación del presente, del repudio a la presentificación real (presencia-en-presente), en nombre de un porvenir cuya clave es la certeza prometida en el pasado. Y esa certeza dogmática, como *cónclave* del poder en “la unidad” madre-hijo, es el sustituto de la confianza en el universo, en la naturaleza y en su presencia constante, presente, en el cuerpo-espíritu. La necesidad del símbolo del ser-con-la-clave (*con-clave*), es sólo el vacío del ser en su presencia cotidiana, en cada situación y ente-aquí (pres-ente); ente u objeto cercano, que acerca el ser. Espacio y tiempo sagrados este presente.

Por ello-ahí, la *re-presentación* es el rechazo a cualquier presencia y la demanda, siempre insatisfecha, de que se dé otra vez, de nuevo, más adelante y como se prometió antes, en función de los deseos atribuidos a otro que los señaló como nuestra esencia.

Sin embargo, es importante enfatizar que esa imputación a otro de deseos para que yo sea de una manera y no de otra, es construida por mí, y sin embargo, este proceso no puede ser considerado sólo como el campo de lo imaginario. De hecho, se da una transacción entre el proyecto incumplido del otro (padre, madre o figura sustituta) y mi propia ansiedad de poder, fincada en un vacío de amor. Y estas negociaciones son el paradigma latente de lo que serán los patrones de vinculación en los juegos de la política, desde la familia hasta el Estado. ¿Se trata de fórmulas

inconscientes? Más bien diríamos que hay una conciencia global que va más allá del pensamiento racional, que lo sobrevuela. Es un ello-ahí-yo-mismo, es decir, una conciencia integral, la que hace su presentación a través de y trascendiendo las representaciones conceptuales; unidad subyacente y englobadora que las dota de algún sentido, dentro de los discursos y los papeles cotidianos, es decir, en la dinámica de la teatralización de las mujeres y los hombres de la calle. Sólo que, como dijimos, con claridad, en *El hombre teatral*, la conciencia integral es una, no se escinde y por el ello-ahí, como único referente del yo mismo, es que sufre las fragmentaciones artificiales de las que es objeto a través de la representación teatral y simbólica. Por el ello-ahí de esa conciencia, integrada en la medida misma de un amor capaz de plenitud y compartimiento, es que el poder se percibe impotente de asumirse como servicio cuando no existe una condición de plenitud amorosa que se derrama hacia el otro, esto es, casi siempre. Por supuesto que los símbolos del deseo sustituyen al amor colmado y por ello-ahí es que se cree que la interacción simbólica es, por sí misma, una realidad presente. En términos reales, presentificados, el símbolo existe como tal, es operante y actúa, sólo que no remite a otra cosa; se trata del poder del símbolo en y para sí mismo en un horizonte cerrado de cónclaves, autorreferencias y rituales ya desprendidos de sus referentes, puesto que el mundo ha dejado de ser, en su totalidad, el ámbito abierto a lo sagrado de la realidad y sus entes como tales, presencia radiante ella misma.

Por el ello-ahí es que sólo el presente-presentado, a partir de mi conciencia integral y unitaria con el entorno, sí se da conforme a mis necesidades reales y las del otro. Tiendo a no reconocerlo así y a repudiarlo, desde los fantasmas de la posesión, de la ansiedad de poder a través mío, de un "yo-super" (sobre el yo, soberbio, ego todo él). Derrotando mi ego, es que doy cabida al yo y hago, finalmente, acto, acción, de presencia, en un presente ya propio. Emerge entonces, en cada aquí y ahora presentificado, la gratitud enternecida por esta mirada directa al ser, que siempre ha sido y que se coloca a sí mismo al servicio, como actitud o posición primarias, a través mío; doble presentación: del ser y de mi esencia propia.

Por el ello-ahí el ser-mismo indica que la *representación*, como símbolo o actuación, es sólo una ansiedad de poder, en búsqueda extraviada y autorreferente del amor, ahí donde el amor no existe.

Y es que, ¿quién es ello-ahí sino el Ser?